

**LA RUTA DE LA METAFISICA**  
(Conclusión)

**RAMÓN ROQUER VILARRASA, pbro.**  
Universidad de Barcelona

El carácter místico y poético de las «reflexiones fundamentales» es constante en la obra de HEIDEGGER. Ya la angustia del *Qué es Metafísica* nos dejaba suspensos en ese vacío místico que precede al hallazgo del Ser, inefable. En *El sendero*, a semejanza del poeta, fantasioso e impreciso, recurre HEIDEGGER a evocaciones que reproducen «intuiciones» que son reflejo del espíritu colectivo o de una musa lírica subjetiva. En la *Introducción a la Metafísica*, la Filosofía aparece como siendo hoy efímera fosforescencia en espera de una más consistente disposición del pensamiento, originada por la poética experiencia del Ser.

A lo largo del presente análisis se hace patente la falta en HEIDEGGER de un control lógico riguroso de sus pretendidas intuiciones.

\*

In HEIDEGGER's work, «fundamental reflexions» have always a mystical and poetical character. The «Angst» of *What is Metaphysics?* already left us perplexed in the mystical emptiness preceding the finding of the ineffable Being. In his *Feldweg* with the phantasy and vagueness of a poet, HEIDEGGER uses evocations reproducing «intuitions» that express a collective spirit or a subjective lyrical inspiration. In *Introduction to Metaphysics* he offers philosophy as an ephemeral phosphorescence in expectation of a more consistent form of thought, originated in the poetical experience of Being.

Throughout this analysis it is made clear that HEIDEGGER lacks a strictly logical control of his supposed insight.

\*

Der mystische und dichterische Charakter der «grundlegenden Reflexionen» beherrscht das ganze philosophische Werk HEIDEGGER's. Schon die Angst, die *Was ist Metaphysik?* durchprägte, lässt uns schweben in die mystische Leere, die der Entbergung des unsagbaren Seins vorgeht. In dem *Feldweg*, dem Dichter gemäss, erdichtend über das Unbestimmte, wendet sich HEIDEGGER an Beschwörungen, die Intuitionen des Kollektiven Geistes oder einer lyrischen subjektiven Muse wiedergeben. In der *Einführung in die Metaphysik* kommt die Philosophie heute als flüchtiger Schein vor, der auf eine günstigere Gelegenheit des Denkens wartet, die aus der dichterischen Erfahrung des Seins erzeugt werden soll.

Diese Analysen machen klar HEIDENNER's Mangel an einer angemessenen rationalen Fundamentaerung ihrer vermeintlichen Intuitionen.

## X

## ¿POESÍA O REVELACIÓN?

No creemos inventar o descubrir nada al afirmar —como lo hacíamos al final de nuestro anterior artículo (1)— que HEIDEGGER intenta en «poeta», o llevado por mística inspiración, cantar lo «inmediato inefable» que encierra el fundamento de la Metafísica. Cuando A. BESSEG, por ejemplo, hubo comprobado la dificultad del estilo y del pensamiento heideggerianos traduciendo por primera vez el opúsculo *Vom Wesen des Grundes*, a modo de disculpa, nos dice en las líneas proemiales: «Esta traducción es muy imperfecta. Muchas palabras y relaciones verbales que son en el autor poesía, en el pregnante sentido de la palabra, o, si queréis, revelación, no han podido ser verdidas». Y como prueba de autoridad, recurre BESSEG al testimonio del propio HEIDEGGER, quien ya al principio de su *Sein und Zeit* (38, 39) escribía: «En cuanto a la fealdad de la expresión en los análisis que van a seguir, quíerese observar que expresarse narrativamente sobre el ente (*Seiendes*) es muy distinto que captar al ente en su ser (*Sein*). Para esta última tarea faltan, a menudo, no sólo las palabras, sino la «gramática». Si nos fuera permitida una referencia a anteriores análisis del ser —de nivel inaccesible—, que se compare los pasajes ontológicos del *Parménides* de PLATÓN, o el cuarto capítulo del VII libro de la *Metafísica* de ARISTÓTELES, con una narración de TUCÍDIDES, y se verá ante qué expresiones inauditas los griegos se toparon gracias a sus filósofos. Por tanto, donde las fuerzas son considerablemente más débiles y el ámbito del Ser mucho más difícil, desde el punto de vista ontológico, se comprenderá que sea más complejo el pensamiento y más rudo el estilo. Realmente, confirmamos la crepuscular condición del pensamiento —mejor, de la reflexión metafísica— de HEIDEGGER, al intentar una asimilación de su

(1) CONVIVIVUM, ESTUDIOS FILOSÓFICOS, n.º 1, 1956, págs. 80-97.

laboriosa interpretación del poema de PARMÉNIDES o de los fragmentos de HERÁCLITO, en su *Introducción a la Metafísica*.

En cambio, sí puede llegar cualquiera a las conclusiones que le proponemos resiguiendo con calma y cautela las ya trilladas sendas de «artículos menores», en los que, sin tanto empaque ni aparato, se vuelca la espontaneidad del filósofo. Así lo intentaremos con el opúsculo *Was ist Metaphysik?* y con los fragmentos traducidos en «La Nouvelle Revue Française», números de enero y febrero de 1954, con los títulos: *Le sentier* y *Sur l'Expérience de la Pensée*.

La radical impresión de «desenraizamiento» respecto del ser, experimentase al enfrentarse con los distantes dominios de las ciencias. Pero apenas la *actitud* del hombre —*librementement adoptada*— le somete al ente mismo, se realiza la eclosión, se revela lo que hay en él. «Un acercamiento a lo esencial de toda cosa» se lleva a cabo en las ciencias. HEIDEGGER se percata y se entrega al «formalizar» que supone todo saber. La fenomenología, con su método y su implícito idealismo, le subyuga y fascina. Pero no le abandona la impresión de «simplicidad» y «acuidad» del existir humano en el modo de la existencia científica, cuya captación «explícita» nos enfrenta con la problemática más paradójica que imaginarse pueda. ¿Quién no recuerda la tortura de la exposición que parte de la referencia al ente mismo y a *nada* más, y que se articula en una dialéctica agotadora y estéril en torno a la *nada*, a la pregunta que le da consistencia entitativa y, por lo mismo, crea y aniquila a un tiempo, y al supuesto que a la *nada* no le conviene jamás el *es*? Todas las abigarradas antilogías de la lógica formal se agudizan en la mente de HEIDEGGER. No para hallar una solución en la multivocidad del «ser», sino para escaparse por la tangente y, así, pretender introducirnos a un dominio metafísico virgen todavía y sin huellas de anterior investigación. La tesis de la prioridad de la nada respecto de la negación —«la nada es más originaria que el no y que la negación»— impone que, previa al entendimiento errabundo, obstinado en prestar su ley al ser de razón que es la nada, exista una experiencia —intuición radical de la *nada*— anonadante, que «se nos dé», para así preguntar con sentido por ella. ¿Con sentido? HEIDEGGER lo presupone sin cesar. No es, sin embargo, obvio que sepa guardar fidelidad a las implicaciones que, axiomáticamente, lo condicionan. Así, al compendiar en una definición sus elucubraciones sobre la nada y concretar: «La nada es la

negación pura y simple de la omnitud del ente», invierte su perspectiva anterior y supone que nos ha sido dada la «omnitud» que luego sucumbe a golpes de negación, engendrándose la nada.

Sin una «experiencia radical» de la nada no se legitimaría, en última instancia, nuestra lógica preocupación. Pues bien; es cierto que no captamos al todo del ente en sí, pero nos *encontramos* en medio del ente *en total*. Este es el acontecer constante de nuestra existencia. Lo prueba el aburrimiento, como lo patentiza la alegría por la presencia de la existencia —no sólo de la persona— de un ser querido. HEIDEGGER alude a una teoría del sentimiento, base de su metafísica. Aunque no pretendamos seguirlo por semejante senda, aquí va el párrafo esencial: «Lo que llamamos 'sentimientos' no son ni fugaces fenómenos concomitantes de nuestra actitud pensante o volitiva, ni simples impulsos de ella, ni tampoco estados simplemente presentes con los que nos avenimos en una u otra forma.» HEIDEGGER, se ve claro, busca un *temple* especial que nos «sitúe», que con «auténtico sentido descubridor» nos patentice la nada como fundamento metafísico.

Con esta caracterización, la «*vía mística*» se abre al filósofo. Las notas distintivas del fenómeno tan estudiado por la Psicología y la Filosofía de la Religión, son minuciosamente referidas y apuntadas para el diagnóstico del temple anímico radical. «Se trata de un acontecimiento posible, y, si bien raramente, real, por algunos momentos, en un temple de ánimo radical que es la *angustia*». Posibilidad, rareza, fugacidad: tres notas de aquella experiencia que los contemplativos se esfuerzan por desvelarnos. La angustia, de ordinario, hállese penetrada por una especial tranquilidad... opresiva. La angustia «nos deja suspensos». El yo y el tú se transfiguran en «uno». Sólo «resta el puro existir en la conmoción de ese estar suspenso en que no hay nada donde agarrarse». Es el vacío místico que precede al hallazgo con el Ser. De ahí el cortarse la elocución. ¿Cómo decir «es», ante el acoso de la nada? ¿Y cómo negar, también, sin llegar demasiado tarde?

En la angustia se da una «fascinada quietud», anonadamiento. Otro rasgo característico de la vida mística; sólo precisa un cambio de signo para que «lo absolutamente otro» frente a la nada se nos presente. Y surge ahora la más reveladora expresión: «En esa clara noche que es la nada de la angustia, es donde surge la originaria «patencia» del ente como

*tal ente: que es ente y no nada*». Si la noche del sentido y del espíritu suele ser «obscura», para que en las tinieblas brille el Ser de Dios, aquella que espera el realizarse del misterio del ser que se sostiene dentro de la nada, ha de ser «clara».

La paradoja se agudiza al contraponer las metáforas del «sonámbulo» y del «sereno», que en cierta ocasión glosaba D'ORS.

La existencia del hombre, a base de la originaria patencia de la nada, puede «llegar al ente y entrar en él». Llegar y entrar: dos vocablos que los místicos aprovechan y subrayan lo mismo que nuestro pensador. Alcanzado el nivel contemplativo, el temple o sentimiento originario, sigue lo demás como ejercicio dialéctico elemental. Incluso el concepto de trascendencia no puede ser formulado saliéndose de esa zona vivencial: «Sosteniéndose dentro de la nada, la existencia está siempre *allende* el ente en total. A este estar *allende* el ente es a lo que nosotros llamamos *trascendencia*». Reducir estas connotaciones heideggerianas a una empobrecida «conciencia de finitud», como lo intentan los empeñados en circunscribir al filósofo alemán dentro de una metafísica escolar de sesgo escotista, equivale a desconocer lo más granado de su esfuerzo. Claro que sólo a la finitud constitutiva es posible una experiencia de la guisa anteriormente expuesta. Sin ambages, HEIDEGGER afirma: «Pero, si Dios es Dios —es decir, infinito, beato, etc.—, nada puede saber de la nada, puesto que lo absoluto excluye de sí toda nihilidad». Sólo nuestra existencia finita hace que nos hallemos siempre en la nada. Así, por el mero hecho de existir con conciencia auténtica de ello, acontece el filosofar. PLATÓN (*Fedro*, 279, a) y DESCARTES (*Cogito*, como experiencia metafísica) se dan las manos en el final del opúsculo *Was ist Metaphysik?* La perplejidad del  $\mu\eta\ \delta\upsilon\nu$  y la «suspensión» o  $\epsilon\pi\omicron\chi\eta$  del *Discurso del Método* han servido de inspiración ocasional. El resto ha sido puesto por el gran talento y el prurito de originalidad —no de originariedad— de HEIDEGGER.

## XI

### ECCE POETA!

Estamos acostumbrados o a una filosofía del paisaje, vario, circunstancial, dispersivo —aunque la aridez de la Meseta des-

pierte, por ejemplo, en ORTEGA, añoranzas latentes de Cielo, que no es azul, pero que es Cielo— o a una filosofía que cuadra con todo paisaje porque no supone ninguno; la de ZUBIRI, por ejemplo. Si antes de la aparición de *Feldweg*, de HEIDEGGER, se nos hubiera preguntado hacia qué vertientes se inclinaban sus reflexiones difíciles y complicadas, habiéramos respondido: hacia el «mundo», pero nunca hacia un sendero hogareño; hacia la temporalidad sin ritmo propio y peculiar de «cosa» o «utensilio». Nunca habiéramos creído que le importara nada la campana de su parroquia, el mercado de pórticos humildes, la procesión de su Semana Santa, la conversación con los labriegos de su tierra de origen. Y, sin embargo, parece que no es así. HEIDEGGER quiere dar a entender que la religación a su villorrio natal matiza una parte muy importante de su existencia; incluso filosófica. A semejanza del poeta—fantasioso e impreciso—, recurre el pensador a evocaciones que reproducen «intuiciones», reflejo del espíritu colectivo o de una musa subjetiva, lírica.

La aporía mental sugiere deseos de camino, de sendero, de método. Los del propio país son símbolo, porque siempre conducen a lo conocido. Saber es reconocer, recordar, volver a ver con familiaridad. Pero símbolo a valorar, a criticar. El retorno del pensamiento a lo arcaico no depurado ni «sublimado», debe pasar por una fase de «represión»; de lo contrario pierde virtud sugestiva. ¡Qué duda cabe!, todos, buceando en el recuerdo, descubrimos una *existencia* como presencia, como duración, como convalimiento para algo. De ahí el sentido de la memoria, al lado del sentimiento. Pero no basta el recordar, para especificar y justificar lo recordado. Los juegos infantiles, con navecillas hechas de corteza de alcornoque, nada explican de las migraciones espirituales para las cuales toda ribera queda siempre atrás.

El contacto con la tierra madre y nutricia nos fortalece en el realismo. «Sólo es fundado lo que dura y fructifica». Evidente. El labrador se percibe pronto de si una col ha sido bien plantada, de si arraiga o medra. No tolera su arte pruebas estrafalarias; como plantar las hojas y no las raíces. Y es lástima que en las plantaciones ideológicas no sea tan expedita la prueba. «Crecer significa abrirse a la extensión del cielo y al mismo tiempo echar raíces en la obscuridad de la tierra». Cierzo. Pero sin darle puntapiés al ángel, sin cegar la corriente espiritual en su desbordante inundación.

Ante este bosquejo, compréndese que Jacques GÉVARD, traductor de los fragmentos que comentamos, escriba en nota introductoria: «Estos dos parvos escritos deben ser considerados como flanqueando marginalmente la obra filosófica de Heidegger y como buceando hasta el corazón de esta misma obra».

Siguiéndolos pausadamente, descubrimos una sintonía admirativa ante la naturaleza, que rítmicamente se muestra impulsando y retrayendo la vida». *κατὰ τάξιν κατὰ χρόνον*, como la mirada deslumbrada de Grecia había visto emerger y sumergirse el *φαίνόμενον* del seno de la *φύσις*. El senderillo que da salida a su villorrio y lo comunica con la más ancha llanura, le sirve de módulo meditativo. Tan cercano está el caminito del «paso del pensador como del toско andar del campesino que, al despuntar el alba, se dirige a su mies».

«Lo simple preserva el enigma de lo que permanece y de lo que es grande». Se ofrece al hombre de modo inmediato, y, sin embargo, necesita de un largo crecimiento. Se dibuja el raptó místico. Los hombres aturridos por la mecanización no están en condiciones de escuchar el mensaje de la naturaleza. Reputan divino el estruendo infernal de la desintegración. En cambio, casi nadie se solidariza con la lección vivificante de Maister ECKHART: «En lo que su lenguaje calla, Dios sigue siendo Dios».

Lo «simple» no es lo uniforme —que engendra saciedad— ni lo monótono —que adormece—. Despierta un sentido que ama la libertad y que, en su lugar propicio, trasciende incluso la angustia en una última alegría. «La alegría que sabe es una entrada en lo eternal». No se puede quintaesenciar con mayor concentración el hito de una experiencia místicoide del punto de partida del pensar. «Cuando el silencio se agudiza tras la última campanada, lo simple deviene todavía más tenue. Su permanencia es extrañante y liberadora. A este punto llegados, el mensaje del sendero es *perfectamente claro*». Uno esperaría ver librado el gran secreto de la Filosofía; pero, no. Todavía nada sabemos del origen de la voz que musita tales excelsitudes. «¿Es el alma que habla? ¿Es el mundo espacialización y totalización de lo que se mueve? ¿Es acaso Dios?»

HEIDEGGER desciende de su cima, inquieto, filosofando en la peregrinación, la soledad y el sufrimiento. Como un místico, pero con menor dolor. Como NIETZSCHE, pero con menos soledad. Una página de P. LANDSBERG (Revista de Occidente, 1935,

junio, pág. 277) es profundamente aleccionadora: «Es también plenamente consciente de su papel de precursor. Sabe bien que pronto habría nihilistas en todas partes, que el mundo vivía aún de una fe decreciente: 'Sacrificar Dios a la nada —este paradójico misterio de la crueldad extrema está reservado a las generaciones que están llegando—. Todos nosotros conocemos ya algo de ello'. Del Dios desconocido al Dios sacrificado, y a la adoración de la nada, enmascarada o no, hay un camino. Del Dios desconocido al Dios encontrado de nuevo, hay otro camino. El Dios desconocido corresponde a cierta etapa de la individualización humana, de la humanización. En la filosofía actual, Heidegger trata de realizar 'este misterio paradójico de la crueldad extrema'. Y es Scheler quien, como nadie, ha buscado el otro camino, la salida del laberinto. En Nietzsche hay varias posibilidades. En cuanto a nosotros, es preciso que nos decidamos entre una filosofía de la existencia, es decir, una filosofía que trascienda al hombre, y una filosofía contra la existencia, que le pone frente a frente con la nada. Pero esta elección no es arbitraria. En el fondo se trata de la respuesta que encuentra, o no, la pregunta silenciosa que cada uno se plantea perpetuamente, en la intimidad de su esperanza y de su soledad, aun cuando este *Cada Uno* no lo sepa».

LANDSBERG se siente *unido* en el preguntar ansioso a la tradición que culminó en NIETZSCHE —de la que HEIDEGGER es exponente reflexivo de primer orden—; pero la respuesta de su intimidad silenciosa tiene modulación divina. Como la que captara SCHELER en su fase creyente. En el sendero sabe LANDSBERG —el hombre no mutilado— que la voz de Dios lo llena todo, que la «crueldad extrema» es arbitrariedad, orgullo y *antilogía*. Si lo primero que nos define a los mortales es preguntar, la respuesta ansiada no se logra con una mera actitud de fidelidad a la cosa misma. Urge no encerrarse en soledad —como si estuviera solo en mi mundo—, sino ponerse a la escucha de la palabra que trasciende al hombre. La fe es la radical inquietud. Desde ella cobra sentido la esperanza —como desde la ciencia puramente humana la espera—. La Filosofía que adora la nada es una filosofía, como dice LANDSBERG, contra la existencia.

Confírmase nuestro punto de vista con la interpretación de la experiencia poética del pensamiento que nos da el mismo HEIDEGGER en el número de febrero de 1954 de la «Nou-

velle Revue Française». «El obscurecimiento del mundo no alcanza jamás la luz del Ser». El contraste nada cuenta aquí. Quiere prescindir de la analogía. Y entonces la elegante desesperanza, en una frase que alude a HÖLDERLIN: «Venimos demasiado tarde para los dioses; y, para el Ser, demasiado pronto». Escepticismo teológico ensamblado con una desorbitada ingenuidad metafísica; la que se traduce con la fulgurante afirmación: «pensar es la limitación a un pensamiento, que permanece un día como una estrella en el cielo». No se crea que en este momento el soplo poético arrastra la calenturienta imaginación de HEIDEGGER. En su amazotada *Introducción a la Metafísica* (pág. 177 y ss.), a semejanza de HERÁCLITO, «poetiza originariamente, fundamenta poéticamente».

El positivismo borrado de la máxima anterior repugna a la tantas veces referida cantilena heideggeriana de que incluso el hombre banal se las entiende con el Ser. ¿O acaso debemos esperar un desarrollo evolutivo —como el culminado en la egregia mente de HEIDEGGER— para que nuestro balbuceo sobre el ser pase de realidad mostrenca a especulación metafísica?

## XII

### INTUICIÓN Y ΕΞΙΣ FUNDAMENTALES

«Si la disposición del pensamiento se origina (*Grund*) de la exigencia del Ser, entonces se desarrolla el lenguaje del destino». Aquí se puede observar la pervivencia del «hábito mental» con valor objetivo. Trascender no equivale a liberación del mundo, sino al gesto contrario de «fundamentarlo». Se es trascendencia; no se está ante el Trascendente. He aquí la intuición radical que pretende haber asido HEIDEGGER. El lenguaje del destino emana del corazón tan pronto como tenemos la cosa ante los ojos. En esta simbiosis, el pensamiento se cumple con éxito y felicidad. Lo que ocurre es que sólo una minoría insignificante puede conformarse con una intuición parecida. Como dice HEIDEGGER, «son pocos los que tienen una experiencia suficiente de la diferencia entre un objeto de saber y una cosa pensada».

La «experiencia del pensamiento» es, en conjunto y en detalle, una confirmación contundente de nuestro punto de vista. Daría para mucho su dialéctico desenvolvimiento; pero

tendremos que contentarnos con escorzos más o menos incitadores. El paciente comparar textos y afiligranar matices es para un libro y no para un artículo.

«Venimos demasiado tarde para los dioses y demasiado pronto para el Ser». Frase que refleja lo trágico de nuestra situación. Porque no se trata de una banal repetición de la ley positivista de los tres estados, sino de algo mucho más hondo. COMTE hubiera podido poner en boca de su «metafísico» una expresión parecida: demasiado tarde para contentarse con lo «mítico», demasiado pronto para cimentar su saber en lo «experimentado positivamente»; pero estaría en camino de llegar a la venturosa etapa. HEIDEGGER pretende que el método debe romperse para pasar de «los dioses» al Ser. No hay continuidad alguna.

Esta reflexión me brinda la oportunidad de contestar a unos amigos que me objetaban, hace poco, por osar dialogar con HEIDEGGER sin «abandonarme a la aventura que él propone, con su filosofía, a todo espíritu augustiado». Denominarse «heideggeriano» supone, ciertamente, enrolarse en la supuesta aventura; pero para «dialogar» tan sólo, basta seguir la peripecia conceptual, abandonarse a la lógica anterior del sistema o del punto de vista en cuestión. Nada más. Sería absurdo renunciar a cualquier grado de inteligencia de las reflexiones heideggerianas, y quedarse entornando los ojos, bajo pretexto de no querer llegar hasta el fin en compañía de su musa.

El escepticismo teológico de la frase aludida contrasta con la ingenuidad metafísica que implica la aceptación del Ser sin precisiones nocionales lo suficientemente distintas para no vulnerar las reglas de la predicación elemental.

El hombre es el poema comenzado del Ser. «El pensar de Parménides y de Heráclito todavía es poético, lo que en este caso significa: filosófico y no científico. Pero puesto que, en este pensamiento poético, el pensar tiene preeminencia, también el pensamiento acerca del ser del hombre sólo admite allí su propia dirección y medida». Estas palabras, sacadas de la *Introducción a la Metafísica*, aclaran el enigma de la poética experiencia: «pensar es la limitación a un pensamiento que pervive un día como una estrella en el cielo». La Filosofía, hoy, es efímera fosforescencia en espera de una más consistente εἶς de una disposición del pensamiento originada por la experiencia del Ser. Entonces se desarrolla el lenguaje del

destino: «Tan pronto como tenemos la cosa ante los ojos y el corazón a la escucha de la palabra, el pensamiento se cumple con felicidad».

Sería ahora el momento de comparar la investigación de HEIDEGGER con Nicolai HARTMANN —capítulo 33 de su *Ontología*— y con la doctrina de la básica intuición y la fundamentación de JASPERS. La esencia de la fundamentación es, ciertamente, un tema sugestivo y de enjundia. Esperemos una oportunidad para adentrarnos en su enmarañada selva.

HEIDEGGER se percata de la poca precisión fenomenológica de muchos que confunden «un objeto de saber y una cosa pensada». Ya KANT había intentado clarificar una vez por todas la experiencia gnoseológica, pero todavía no pudo eliminar a los «adversarios» del campo del pensamiento. Los pretendidos contrastes eran muchas veces contradicciones. El *objectum* es algo previo, óntico, vario; pretender reducirlo a *projectum* equivaldría a erigir nuestra mente en divina. La teoría del conocimiento idealista es un burdo remedo de la Ciencia de Dios.

El carácter místico de las reflexiones fundamentales se revela continuamente en HEIDEGGER. «Los pensamientos vienen a nosotros», dice. Antes, nuestro ORTEGA había hablado de las ideas que caen del cielo y nos poseen. Su claridad nos fascinaría sin remisión; o su fuerza sugestiva nos arrastraría sin conciencia de ello. Total, palabrería más o menos elegante; porque al final la criba se impone y a cada idea le compete su *topos*. Pero hace falta una sutil dialéctica, que dará lugar a la irrupción de un interlocutor que se erigirá en maestro. Este será el que consiga mostrar el «esplendor de lo simple». La primera forma fué la visión, repite HEIDEGGER, para que no nos despistemos por la vecindad del poeta que canta.

Es preciso terminar. La inefabilidad de la experiencia mística halla su paralelo en la del pensamiento metafísico. «Jamás y en ninguna lengua lo que es pronunciado es lo que es dicho». Pero el carácter poético del pensamiento es justamente su fuerza creadora. La topología del Ser puede describirse gracias a esa poética virtud que dice el lugar de su esencia. De donde el cantar y el pensar como troncos vecinos de la creación poética. Se desarrollan junto al Ser y alcanzan su verdad.

Armado con estas nociones, HEIDEGGER se lanza a la interpretación de los poemas que han dado lugar al orto de Occidente: los de PARMÉNIDES y de HERÁCLITO. Esfuerzo gigantes-

co —¿quién, que lo haya leído, podría dudarle?— que reclama un minucioso seguimiento para ir rayando lo místico, lo poético y lo lógico, con distinto color, para que la topología no se convierta en abigarrado laberinto. Marginalmente a lo griego, el Cristianismo irrumpió con insospechado vigor. El empeño de la nueva religión fué subsumir el pensamiento clásico para que sirviera de tronco a los injertos de la πίστις, como lo tendría que ser la φύσις respecto de la χάρις. ¿Con qué éxito? La gran polémica que el gnosticismo abrió, todavía no se ha cerrado históricamente. Dogmáticamente, creo que sí. Pero la prueba requeriría capítulo aparte.